

—Anteayer vine al *Viel Caston-Nou*; me entrevisté con el señor de Lavardens y la señorita Odette. La señorita Odette quiso retirarse. Le rogué que se quedara, porque traía una cosa para ella, y le pedí que tuviera a bien aceptar un recuerdo de mis viajes... Era una joya bastante rara, un collar de motivo oriental que suscitaría la admiración del señor de Lavardens y de su hija. Pero no me incitó a venir esta fruslería.

»Ha cuatro años dije al señor de Lavardens, cuando le pedí la mano de la señorita Odette: «Me dijo usted que ella era muy niña y yo muy pobre; pero, después de consultarla, acabó usted diciéndome que si en el término de cuatro años volvía rico y la señorita Odette me aceptaba, sería mi mujer. Los cuatro años han pasado..., he vuelto rico... Estoy dispuesto a demostrar mi fortuna, y amo a la señorita Odette como nunca.»

»Al oírme hablar con tal franqueza, la señorita Odette no esperó señal alguna de su padre para levantarse y desaparecer, pero oyó lo que yo quería que oyese, esto era lo principal, y me quedé solo con su padre, que empezó a echar mano de evasivas. «Nos ha sorprendido su brusca intimación... Usted comprenderá que el asunto exige alguna reflexión... tiempo», y otros titubeos por el estilo. No era la primera vez que se trataba así después de mi regreso; yo no estaba satisfecho del modo como nos dejó la señorita de Lavardens, teniendo en cuenta lo que tratamos en otro tiempo. Yo no tengo la costumbre de andarme con rodeos; así le confesaré de plano que

mi paciencia se había agotado... Y le dije al viejo resueltamente: «Me he expatriado..., he hecho fortuna..., exijo lo que se me debe...» Se irguió el padre con mal talante y me manifestó:

»—Nada se le ha prometido a usted; debo decirle que mi hija es novia del señor de Sautierne.

»Fué aquello una estocada en el pecho. Era duro... Aunque no esperaba otra cosa hacía tiempo. Saludé y lavanté el campo. No quiero decirle las horas que pasé luego...; bástele saber que no estaba dispuesto a continuar arriba...; entonces se me ocurrió enviar a Odette la carta que usted conoce. Me enloquecía pensar que acudiría a mi cita. La esperé un rato, y luego entré en mi casa. De pronto oí un ruido en el jardín... Sacudieron la puerta..., la abro, y me veo ante una auténtica bestia salvaje.

»El señor de Lavardens—continuó diciendo Hubert—llevaba mi carta en la mano. Me la echó al rostro y me dijo, echando espumarajos:

»—¿Usted se ha atrevido a escribir esto a mi hija? ¿Por quién ha tomado usted a Odette?—Y salpicó esta pregunta de villanas injurias. Viéndole en tal estado, me esforcé cuanto pude en conservar mi sangre fría, y le contesté al punto:

»—Mal hice, en efecto, en pedirle una cita... Pero hay que disculpar a un mozo que ustedes han exasperado, que adora a su hija y a quien ustedes no han cumplido a palabra.

»Me replicó que debí haber comprendido desde el primer día que no me concedería jamás la mano de Odette, de la cual era indigno, pues yo era tan sólo un palafrenero, etc. En una palabra, fué tan lejos en este género de lindezas, que no pude contenerme más tiempo, y me abalancé contra él para echarle de mi casa. Él vino provisto de una trailla con la cual pretendió herirme; en seguida vinimos a las manos del modo más salvaje. En ese momento debió arrancarme la corbata. En fin, yo tenía razón y le eché al jardín con violencia, pareja del furor con que se arrojó sobre mí.

»En seguida cerré mi puerta. Le vi cómo se alejaba, sin cesar de injuriarme; en cuanto a mí, estaba abrumado, deshecho, menos por la brutalidad de esta escena que por la certeza de haber perdido a Odette para siempre. Quedé largo rato inmóvil. Al salir de esta especie de letargia, que duró horas quizás, salí veloz de mi casa como un loco y eché a correr por la campiña. ¿Cuánto anduve? ¿Adónde fui? ¿Por dónde pasé? Me sería imposible decírselo. Al amanecer empecé a recuperar la razón, a darme cuenta del estado lamentable en que me hallaba, y así me iba ocultando de cuantos hallaba al paso para ahorrarme explicaciones, y traté de entrar en mi casa sin que nadie me viera para cambiarme de ropa y meditar sobre el acuerdo que habría de tomar. En ese momento usted me detuvo, y me enteré del asesinato del señor de Lavardens y del rapto de Odette.

Hecha esta confesión, calló y no pudo el juez arrancar-

le ese día una palabra más. En vano se intentó que se contradijera; en vano se le subrayó que, a pesar de la habilidad de su relato, los hechos le desmentían de la manera más evidente; si, por ejemplo, el señor de Lavardens, después de aquella acalorada discusión, hubiese directamente ido al Antiguo-Castillo-Nuevo, no hubiera dejado de cerrar tras sí la puerta del parque; ahora bien, la llave estaba aún en la cerradura y ello probaba que el señor de Lavardens fué herido en casa de Hubert y a rastras y de prisa fué hacia su casa, para pedir auxilio. En el trayecto sucumbió, sin duda, mientras que Hubert raptaba a la señorita de Lavardens, desvanecida, sin duda, y en todo caso reducida a la impotencia y ¡quién sabe si herida también!—agregó el juez.

—¡Porque, en fin, ya que usted se empeña en no decirnos dónde se halla, nos vemos obligados a imaginar lo peor! ¿Se llevó usted a la señorita de Lavardens muerta o viva?

Hubert se limitó a contestar a esta pregunta que obstinadamente le repetía el juez, alzando los hombros y espetándole una mirada diabólica.

Aquella misma tarde se le llevó a la cárcel por atajos, con propósito de hurtarle a la ira del populacho, muy conmovido y excitado contra él. Hubert se había creado en Camargue numerosos enemigos, que, desde su regreso, propalaron malévolos rumores acerca de él y del origen de su nueva fortuna.

Lo cierto era que en cuatro años nada se supo de este

mozo; él mismo hablaba con vaguedad de un comercio de cabotaje por el extremo Oriente y desviaba la conversación cuando se intentaba encarrilarla hacia este asunto. Se limitaba a decir que los primeros tiempos fueron muy duros y hubo de sufrir no poco.

Cuando se vió encerrado en el calabozo, como término y postre de tantos esfuerzos, sacudióse bravamente las espaldas, como si quisiera descargarlas del peso de su infortunio, y su garganta enronquecida susurró un resoplido de bestia acorralada. No probó bocado de la comida que se le llevó, pero de un trago apuró un botijo de agua. Luego se sentó en el taburete, apoyando los codos en las rodillas y en las manos la cabeza.

De pronto, despertó su atención un ruido insistente que venía de fuera, un sordo rumor que culebreaba al pie de los muros que le retenían prisionero. Hasta pudo percibir algunas palabras de aire extranjero... Se levantó e irguió la cabeza: por encima de ella, desde la altura, el descolorido cristal de estrecha ventana le enviaba reflejos de la macilenta noche; puso el taburete sobre el catre y así pudo izarse hasta llegar al vano cruzado por una reja.

La vidriera no estaba cerrada con llave: la abrió; entonces las voces de fuera llegaron más claras. Entre chasquidos de látigos y crujidos de sandalias volaron hasta él palabras finales de frase, que no eran provenzal, sino puro romance de Valaquia... Así la voz de un niño gimoteando fuerte repetía el estribillo: *Mec naxim*

*tegalitsia* (yo no he comido) y su *raya* (su madre) enviábalo al *Beka*, esto es, al diablo. Luego se sucedieron cantos, una dulce invocación a *debla* (al sol) y, por fin, injurias entre las cuales mezclaba una voz iritada: *¡Ushela, ushelal* (perra, perra). Hubert comprendía este lenguaje. Al mismo tiempo su mirada se perdía en la lejana carretera blanca de luz de luna, salpicada de sombras de la caravana andrajosa que se dirigía hacia el Norte en carretas chirriantes tiradas por caballos éticos, nunca fatigados, muchedumbre hecha a andar por todos los caminos del vasto mundo... Más cercanas, sombrías siluetas volvían el rostro por última vez hacia Santas Marías (de donde procedían) impelidas por un sueño quizás realizado y tan cercanas, que se percibía el negro fulgor de sus ojos de jade y a Hubert pudo parecer que no desconocía aquellas caras...

Una palabra repetida con alegría le sumió de nuevo en el lóbrego abismo de su cárcel:

—*Lever-Jurn.*

Entonces sobre el muro opaco que había levantado con obstinada voluntad entre el pasado y el porvenir, empezaron a correr rasgos, rasgos azufrados que pergeñaron imágenes de desgracia, de ruina y de devastación, entre las cuales se arrastraba una condensada sombra, que se parecía a Hubert como su hermano... Al fondo, las ruinosas torres de una ciudad maldita devastada por catástrofes seculares..., invasiones, peste, cólera... *Lever-Jurn, Lever-Jurn...*

Después de la ruina de Babilonia, el pueblo gypsio (así en egipcio se llamaba), el más antiguo del mundo, fugitivo de la prehistórica Atlántida, y regresando a Occidente, de donde había partido, halló un refugio en Lever-Jurn; pero a partir del primer desastre que sufrió la ciudad en los días de la Egiptia y por el cual los gypsios huyeron llenos de espanto, ya no hallaron en la tierra techo que los abrigase, siendo llamados despectivamente por los demás países pueblo bohemio, cuando jamás habitaron la Bohemia.

Si los bohemios, incesantemente despedidos de unos pueblos a otros, no saben en vida dónde reposar la cabeza, puede preguntarse igualmente dónde descansan sus muertos, pues jamás se vió tumba de bohemio, si bien cuenta la leyenda que desvían el curso de los arroyos para sepultar en el cauce los cuerpos, que quieren hurtar a la profanación de los rumíes.

A través de los siglos, los mayores siempre sostuvieron que tantas desdichas eran el castigo de su cobardía... Jamás debieron abandonar la ciudad sagrada; ¡allí solamente, allí radica aún la salvación! Por lo demás, algunas familias permanecían a la sombra del templo, en aquel país tan desolado y malsano, que nadie soñaría más en disputárselo. Otras, creyentes en los augurios, volvieron allá y así vióse a comienzos de siglo la reconstitución de este patriarcado de Transbalkania, que al margen de todos los grandes caminos del mundo y encerrado entre abruptas montañas, ha conservado hasta

nuestros días leyes y costumbres, cuya antigüedad puede compararse a las de la misteriosa Albania, patria primera de los Pelasgos...

¿Qué hacía aquella condenada sombra de Hubert arrastrándose a través de aquel país asolado una vez más por la peste, en estado también lamentable, devorado por la fiebre y disfrazado de bohemio para escapar a la ira de aquel pueblo que en su desgracia acusa a los extranjeros? Veámosle como él se ve a dos años de distancia, sacando fuerzas de flaqueza para montar un caballo robado y huir de aquel país de la muerte. Pero de pronto un brazo se yergue en el camino, un brazo que le llama... Es de un viejo ricamente vestido, como van los sacerdotes que offician en los templos ortodoxos o bizantinos, que allí agoniza, víctima de la peste. Se tiende encerrado en funda de cuero un objeto que llevaba guardado en el pecho. Recoge su último soplo para decirle:

—Tú eres de la raza; baja y toma: éste es el *Libro de los Antepasados*.

Según práctica antigua, un viejo al efecto designado solía llevar el *Libro* a las tribus vecinas para hacer frente al contagio por medio de fervorosas plegarias... Y el viejo, antes de expirar, expuso a Hubert:

—El mal me ha herido de muerte. Es preciso llevar el libro a cuatro verstas de aquí, al jefe del próximo pueblecillo.

Hubert tomó lo que se le daba. Cuando vació el libro de la funda, vióse en posesión de un verdadero tesoro.

Cuanto el arte de los monjes del monte Athos pudo agregar a un misal o a un icono— toda la ciencia y toda la riqueza bizantinas transmitidas a los joyeros de Lever-Jurn— se puso a prueba para hacer de aquel libro una maravilla. Las joyas que lo decoraban eran preciosísimas, sobre toda ponderación. Ya era rico Hubert, o más bien tenía lo preciso para llegar a serlo. Se apresuró, pues, dueño de aquel tesoro, a abandonar un país, verdadera plaga enraizada en el planeta.

¿Cómo fué a parar allí? Su padre le había dicho en otros tiempos que los Lavardens no fueron siempre tan ricos; que el viejo Lavardens había realizado numerosos viajes en su juventud antes de topar con la fortuna, cuya base, según rumores, fué la compra de unos terrenos petrolíferos colindantes con el patriarcado de Transbalkania. A una pregunta que en cierta ocasión hiciera el padre de Hubert al de Odette contestó vagamente que se limitó a atravesar el país, pero que el aislamiento de aquella comarca, la dificultad de los transportes y la hostilidad de los habitantes hacían la explotación casi imposible...

Hubert, que, agotados casi los recursos y en todo fracasado, acababa de atravesar Hungría, se desvió para ir a comprobar sobre el terreno lo que hubiera de cierto en el rumor general que pintaba esta silvestre comarca rezumante de nafta a ojos vistas. Mas para penetrar en la zona vedada, le fué preciso vivir en el país meses y meses, adaptarse a las costumbres de los antiguos zingaros

de la montaña, aprender su lengua... y, por fin, hubo de renunciar a la empresa por el azote de la peste y escapar, como hemos visto, de aquella tierra maldita. Pero ¡se llevó el Libro de los Antepasados!

¿En qué estado se encontraba ahora este libro, odiosamente despojado de su antiguo esplendor?

En las tinieblas de la cárcel Hubert le veía resplandecer, tal como lo recibiera antaño, como ígneo libro. Las amatistas, los topacios, los berilos, los crisoberilos, las esmeraldas, los rubíes, de que estaba sembrado el libro y como salpicado de sangre, chispeaban hasta quemarle la piel.

Lo que le deslumbraba más en esta fantasmagoría evocadora no era precisamente la magnificencia del ropaje del texto, sino más bien las primeras líneas que se leían al abrir la cubierta:

*Todo el que respete este libro*

*Se salvará si corre algún peligro.*

*Volverá al buen camino, si anda descarriado.*

*Alcanzará envidiable recompensa...*

*El que le robe*

*O le destruya,*

*Será castigado con pena de muerte!*

Supersticioso como todo buen mayoral que se respeta, Hubert no había podido lograr el olvido de estos versículos. A veces, cuando menos lo esperaba, brotaba el recuerdo de estas líneas del fondo de su memoria harto

tenaz, y al conjuro de una fuerza sobrenatural salían como lanzadas de su espíritu, para que las viera con mayor brillantez, y danzaban, como aquella noche, ante sus ojos deslumbrados y *el espanto de su rostro*; porque aquella noche había oído el nombre de la ciudad maldita, había visto de nuevo a la gente de «Lever-Jurn», sus caras sombrías, sus ojos de jade, sus gestos de maldición y ¿acaso aquella noche se estaba ya cumpliendo la profecía? ¿Acaso caminaba ya por la senda del castigo, cuyo término sería *la muerte*?

Ciertamente, ciertamente esa tropa había suscrito un pacto con el diablo... ¡con su *debla!*

Todo lo que le había ocurrido no tenía nada de natural, nada ciertamente...

Primero le habían cambiado «a su Odette». No la conocía. ¡Era suya cuando se fué, «suya»! ¿Por qué maleficio no puso en él los ojos después del regreso? ¡Y cuánto luego hubo acontecido! ¡Todo se revolvía contra él de modo extraño! ¡Y esta noche condenada en que en vez de Odette apareció el padre! ¡El padre, hallado muerto al día siguiente! Asesinado, ¿por quién? ¿Por quién? ¿Por quién? Por él... por él quizás... ¡*No sabía de ello nada!* Negaba con toda la fuerza de su ser, negaba con todo su deseo que hubiese matado, pero no con toda su convicción... ¡*Nada sabía de ello!*...

Él, tan listo, tan astuto, que a fuerza de manía tranquila y modosa llevó a no pocos al atolladero, veíase de pronto como poseso. Y vió visiones... esto es, no vió

nada de nada... ¿Cómo pudo olvidar que, a pesar de todo, no debió nunca levantar la mano contra el padre de Odette? Y se cegó e hirió ¡y quién sabe si mató! Y cuando su contrincante echó mano del látigo, quién sabe si él no cogió de su mesa-escritorio un puñal que le servía de cortapapeles... pero Hubert no acostumbraba a leer. Ese puñal servía sólo de ornato ridículo, si bien con *su puño podía seguramente matarse una persona...* ¿Qué hizo con ese puñal?... *Nada sabía de ello...* Su memoria quedaba al margen de todo... A partir de cierta hora, se hundió en negro abismo, y al salir vióse errante como un loco por la campiña, al clarear la aurora. ¿Qué fué de aquella chuchería de bazar, de aquel insignificante cortapapeles con forma de puñal? ¿Qué hizo de él? ¡Nadería y maleficio! Nada. *Mai chaurico* (pero presta atención). ¡Ah! ¡venjanço! (¡Ah! ¡venganza!). ¡Orro enjanço! ¡orro enjanço! (¡Horrible raza, horrible raza!).

Así, en su monstruosa confusión, Hubert revolvía con sus catástrofes actuales la «mala suerte» de que a su antojo disponía el pueblo a que pertenecía aquella caravana, para vengarse de un *rumi*, que posó su mano criminal sobre el *Libro de los Antepasados*.

Su tosquedad, ya audaz, ya medrosa, hízole siempre creer que aquel libro, base de su fortuna, se revolvería fatal contra él, acarreándole males sin cuento. Los que sufría ahora servían de patrón. Pudo esquivar los otros golpes con el talante del señor que desprecia indigna acusación, pero ante sí mismo y *ante el Libro de los An-*